

## EXORDIO

Escribía el padre Murillo en 1616 que el pueblo español había gozado pacíficamente de la creencia en la tradición pilarista durante dieciséis siglos. En efecto, los documentos de los siglos anteriores reflejan en perfecta sintonía una intensa devoción a la Imagen de la santa Capilla, asentada sobre el venerable Pilar, debida a la promesa hecha por la **Madre de Dios** de atender desde aquel trono a todos los que solicitaran su auxilio. Pero la luz de la verdad brilla más enfrentada a las tinieblas del error y de la falsedad. Así funciona la estrategia divina.

Rompió la armonía de creencias un ambicioso canónigo toledano llamado don **García Loaisa** al publicar su obra *Colección de Concilios* en 1593. Existía en el siglo XVI una disputa secular entre varias sedes españolas —Toledo, Tarragona, Santiago de Compostela, Braga— sobre la categoría primacial. Toledo consideraba como su gran contrincante a la de Santiago, pues había conseguido ésta que se consignase en el Breviario publicado por S. Pío V en 1570 la predicación del apóstol Santiago en España. Baronio la puso también en el tomo primero de sus Anales.

Loaisa pretendió descargar un golpe decisivo a su rival insertando en el IV Concilio Lateranense un documento fingido, inventado por él, que contenía un furibundo ataque del arzobispo de Toledo don Rodrigo Jiménez de Rada contra el de Santiago, objetándole que la predicación de Santiago en España era sólo un cuento de beatas. Con esto sembró la duda, la inquietud, el error en los espíritus. Quedó rota definitivamente la unión sobre esa creencia. Se acrecentó el mal al ser nombrado Loaisa en 1599 arzobispo de Toledo. Baronio se dejó engañar y negó en el tomo noveno la predicación de Santiago. Además, a sus instancias, Clemente VIII suprimió del Breviario la cláusula de la predicación. La protesta fue clamorosa. Se entabló juicio contradictorio y se demostró la autenticidad de esa predicación. El papa **Urbano VIII** mandó en 1625 que se restituyese al *Breviario* la lectura antigua y Baronio rectificó también en el tomo XII de los Anales.

Pero la patraña de Loaisa siguió produciendo malos frutos. Juan Arruego, racionero de La Seo, en su «*Cátedra Episcopal de Zaragoza*» publicado en 1653, intentó probar con argucias que la iglesia de Santa María nunca fue catedral, para concluir que lo fue siempre San Salvador. A principios del siglo XVIII el cura Juan Ferreras publicó una *Historia de España* en donde negaba la Venida de la Virgen a Zaragoza. A instancias del arzobispo, el rey Felipe V mandó arrancar de dicho libro tres hojas en las que se atacaba la tradición pilarista. El famoso teólogo Melchor Cano describió así la conducta de los impugnadores: «*Algunos críticos todo lo ponen en duda como no sea lo que ellos fabrican en su impiedad: no quieren tradiciones antiguas sin escrituras, y niegan las escrituras que les presentan para las tradiciones antiguas*».

En el siglo XVIII surge en el campo histórico una corriente crítica aguda y exagerada, calificada por Menéndez Pelayo como falsa, altanera y superficial. Esa corriente prosiguió en el siglo XIX. Uno de los ejercitantes fue el historiador francés Luis M. Duchesne (1843-1922). Entre otras cosas escribió una *Histoire de l'Eglise antique*, que fue condenada por la Congregación del Indice en 1912 porque no estaba escrita para el aumento de la devoción de los fieles y omitía todos los argumentos de credibilidad. Metió también su bisturí en temas españoles. Así, negó la predicación de Santiago en España esgrimiendo el pomposo argumento del silencio que viene a decir: «No ha existido la predicación de Santiago en España pues los escritores de los siglos VI y VII no la mencionan».

Se trata de un argumento negativo que por su misma naturaleza no prueba nada. Pero además es falso e incorrecto por reductivo, pues el no escribir sobre un asunto puede obedecer a otros motivos que a la ignorancia. Resulta falso pues mencionan la predicación de Santiago en España, como tendremos ocasión de constatarlo, autores extranjeros y españoles. Citaremos entre otros a S. Isidoro de Sevilla, S. Julián de Toledo y S. Braulio de Zaragoza. Pedro Corro, agustino recoleto, testifica que el insigne Menéndez Pelayo le hizo esta manifestación: «*El que, poniéndose de frente a una tradición tan fundada y venerable como la del Pilar, se atreve a impugnar las glorias de éste, es un necio*».

El historiador Z. García Villada compagina con las propuestas de Duchesne sobre la predicación de Santiago y da mucha importancia al argumento del silencio. Unido a esto va la errónea interpretación de importantes documentos. Así ha sucedido por ejemplo con el escrito publicado por el Cabildo del Pilar, a finales del siglo XIII, titulado «*Cómo fue edificada la Basílica de Santa María del Pilar*». Este documento fue escrito y sirvió durante tres siglos para enaltecer la tradición pilarista; pero en el siglo XX Z. García Villada y otros lo han utilizado para destruirla, tratándolo de legendario dicho documento.

En la actualidad la corriente progresista emplea otra forma de ataque: no admite más hechos que los testificados por documento fehaciente. Con ello comete una grave injusticia al negar a la tradición su valor de medio auténtico y primario de transmisión de verdades. En consecuencia, ha eliminado de los textos litúrgicos las lecturas correspondientes a la predicación de Santiago y a la Visita de la Virgen a Santiago en Zaragoza, con lo cual mina la tradición y resulta perjudicada la devoción de los fieles.

Este libro quiere ser un rayo de luz ante las tinieblas. Seguimos el consejo dado por Baronio al obispo de Almería don Diego Castillo al decirle que publicase el libro escrito sobre la predicación de Santiago para que otros no se dejen engañar. Al creyente no le hacen falta los hipercríticos para saber a qué atenerse sobre este tema: cuenta con inmejorables guías en los pontífices **Pío XII** y **Juan Pablo II**. Citaremos en primer lugar una frase del cardenal Tedeschini. Había estado catorce años (1921-1935) de Nuncio en Madrid. Se le hizo un homenaje en Roma en 1948. Al final proclamó con énfasis: *«Me habéis llamado español y ésta es mi gloria. Yo venero la venida de Santiago a España y la de Nuestra Señora del Pilar a Zaragoza. Y me glorío de ser el único obispo que lleva en su pectoral una imagen de la Virgen del Pilar»*.

**Pío XII** honraba el 24 de junio de 1948 a la catedral de Nuestra Señora del Pilar con el título y dignidad de *Basílica Menor* con todos los privilegios y derechos que competen a las iglesias distinguidas con este título para gloria y ornamento de la ciudad de Zaragoza. Y empezaba por reconocer que *«desde los mismos orígenes de la Iglesia cesaraugustana se da culto fervoroso a la Santísima Virgen del Pilar»*.

En un radio mensaje a los cofrades de los Jueves Eucarísticos reunidos en la santa Capilla exclamaba dirigiéndose a la Virgen del Pilar: *«Oh Madre piadosísima que desde lo alto de esa Columna has presidido, dirigido y alentado la evangelización de un gran pueblo, a quien tan altos destinos estaban reservados en la historia de la cristiandad, etc.»*. Y terminaba con este apóstrofe: *«Y tú, ¡oh Zaragoza! serás insigne sobre todo por esa Columna contra la cual rodando los siglos se rompieron las oleadas de las herejías en el período visigótico, las nuevas persecuciones de la dominación árabe y la impiedad de nuestros tiempos, resultando así cimienta inquebrantable, inexpugnable valladar de insuperable ornamento, no sólo de una nación grande, sino también de toda una dilatada y gloriosa stirpe»*.

**Juan Pablo II** exponía con claridad meridiana su convicción el 10 de octubre de 1984 ante centenares de miles de personas en la avenida de los Pirineos: *«Brilla aquí en la tradición firme y antiquísima del Pilar la dimen-*

*sión apostólica de la Iglesia en todo su esplendor. (...) La fe que los misioneros españoles llevaron a Hispanoamérica es una fe apostólica, heredada de la fe de los Apóstoles, según venerable tradición que aquí junto al Pilar tiene su asiento». No hace falta mucha inteligencia para comprender que esa frase alude a la predicación del apóstol Santiago y que el Papa pone especial interés en recalcarlo.*